

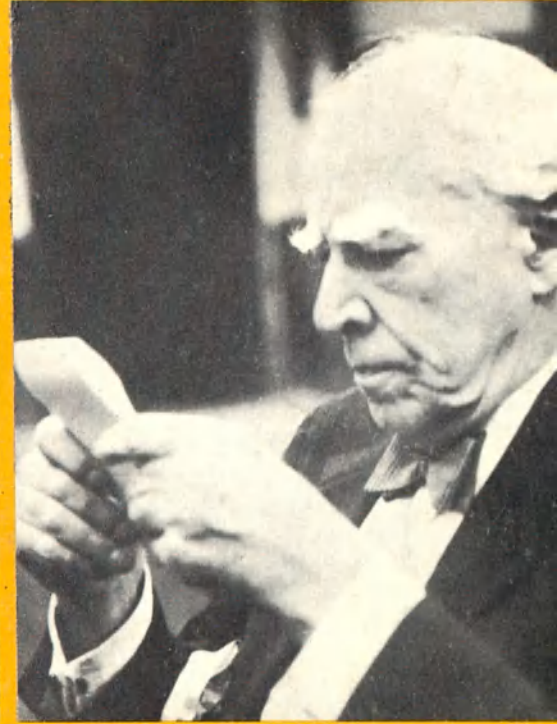
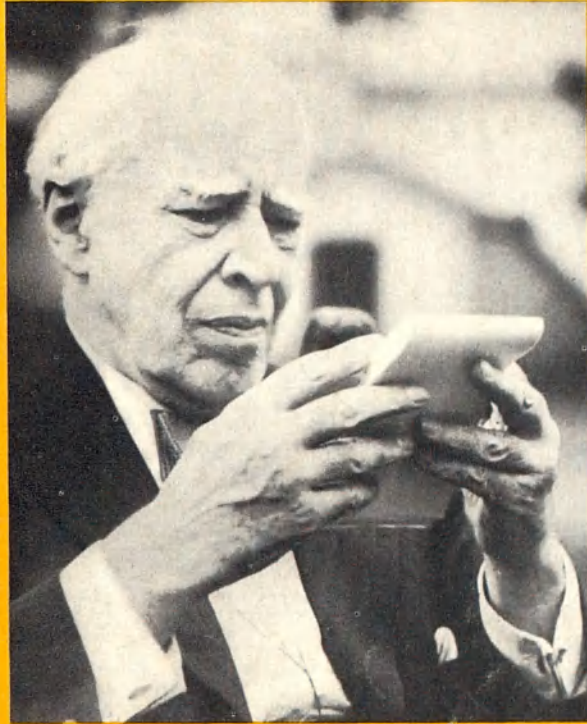


El

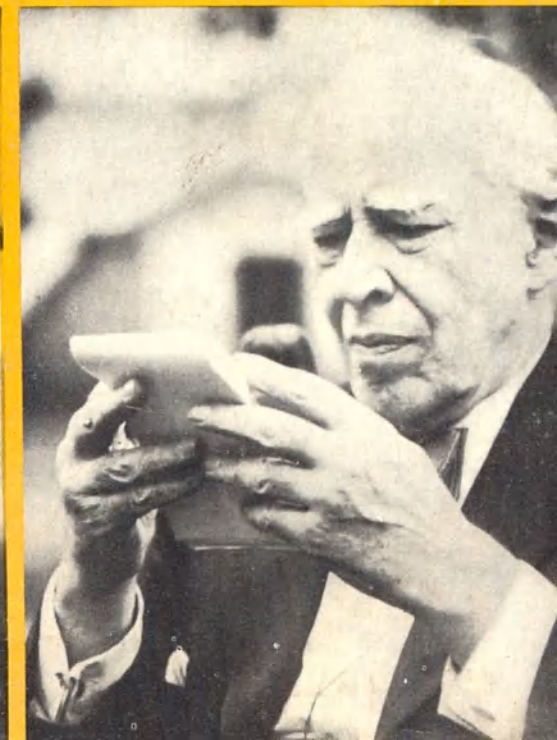
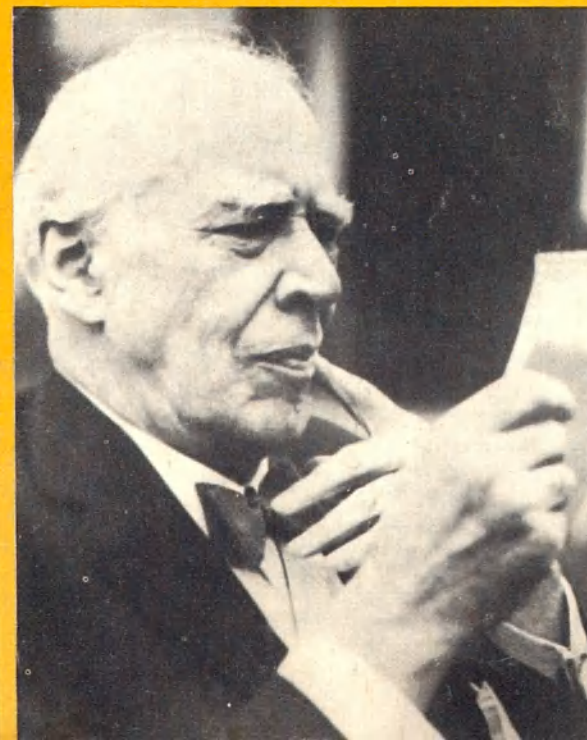
UNA VENTANA ABIERTA SOBRE EL MUNDO

Correo

NOVIEMBRE 1963 (Año XVI) - ESPAÑA : 9 pesetas - MEXICO : 1,80 pesos



Constantin Stanislavski MAESTRO DEL TEATRO MODERNO



Sumario
AÑO XVI

Nº 11

PUBLICADO EN
NUEVE EDICIONES

Inglesa
Francesa
Española
Rusa
Alemana
Arabe
Norteamericana
Japonesa
Italiana



NUESTRA PORTADA

Este año se conmemora el centenario del nacimiento de Constantin Stanislavski, actor y director teatral ruso. Artista inspirado y escrupuloso, y trabajador infatigable, Stanislavski logró formas nuevas en el teatro, y veinticinco años después de su muerte, su influencia sigue ejerciéndose en el mundo entero. Aquí lo vemos en diferentes actitudes mientras estudia un texto. (Véase la pág. 12).

Fotos oficiales soviéticas

Páginas

- 4 LA UNESCO EN EL CONGO**
por Garry Fullerton
- 12 CONSTANTIN STANISLAVSKI**
Maestro del teatro moderno
por Grigori Kristi
- 15 LA BUSCA DE LA VERDAD**
Ultimas páginas de "Mi vida en el arte"
por Constantin Stanislavski
- 20 LAS NOTAS DE UN ARTISTA**
por Constantin Stanislavski
- 23 ¿UN SOLO IDIOMA PARA EL MUNDO?**
por Mario Pei
- 24 "ALO-HALLO"**
Una película de la Unesco sobre el arte de comunicarse
- 28 LAS TARJETAS DE AUGURIOS DEL UNICEF**
- 30 EL MISTERIO DE MARAJO**
Una civilización desaparecida
por Alfred Métraux
- 33 LOS LECTORES NOS ESCRIBEN**
- 34 LATITUDES Y LONGITUDES**

Publicación mensual
de la Organización de las Naciones Unidas para
la Educación, la Ciencia y la Cultura

Redacción y Administración
Unesco, Place de Fontenoy, Paris-7^o

Director y Jefe de Redacción
Sandy Koffler

Subjefe de Redacción
René Caloz

Redactores

Español : Arturo Despouey

Francés : Jane Albert Hesse

Inglés : Ronald Fenton

Ruso : Veniamín Matchavariani (Moscú)

Alemán : Hans Rieben (Berna)

Arabe : Abdel Moneim El Sawi (El Cairo)

Japonés : Shin-ichi Hasegawa (Tokio)

Italiano : Marla Remiddi (Roma)

Composición gráfica
Robert Jacquemin

*La correspondencia debe dirigirse
al Director de la revista.*

Venta y Distribución
Unesco, Place de Fontenoy, Paris-7^o

★

Los artículos y fotografías de este número que llevan el signo © (copyright) no pueden ser reproducidos. Todos los demás textos e ilustraciones pueden reproducirse, siempre que se mencione su origen de la siguiente manera : "De EL CORREO DE LA UNESCO", y se agregue su fecha de publicación. Al reproducir los artículos deberá constar el nombre del autor. Por lo que respecta a las fotografías reproducibles, éstas serán facilitadas por la Redacción toda vez que se las solicite por escrito. Una vez utilizados estos materiales, deberán enviarse a la Redacción dos ejemplares del periódico o revista que los publique. Los artículos firmados expresan la opinión de sus autores y no representan forzosamente el punto de vista de la Unesco o de los editores de la revista.

Tarifa de suscripción anual : 7 francos. Número suelto : 0,70 francos; España : 9 pesetas; México : 1,80 pesos.

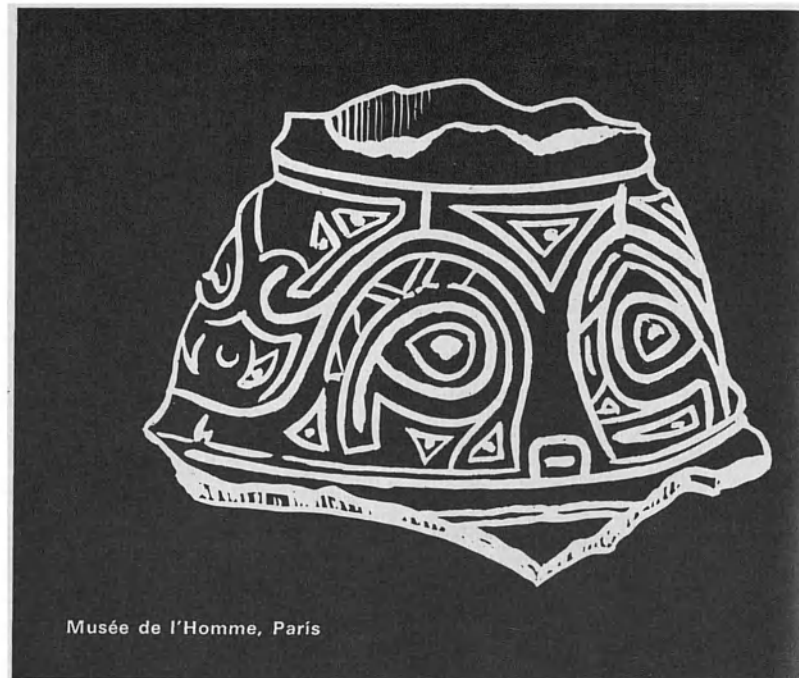
MC 63.1.185 E

ENTRE las numerosas civilizaciones cuyos restos jalonan el Nuevo Mundo, pocas han intrigado tanto a los arqueólogos como la que floreciera en la Isla de Marajo, situada en la desembocadura del Amazonas. Sus forjadores nos son desconocidos y, sin duda, su desaparición es anterior al desembarco de los europeos en las costas de Brasil.

La existencia de este foco de civilización en una región tan insólita había provocado ya en el siglo XIX las especulaciones más atrevidas. ¡Qué no se habrá dicho sobre este tema! Empezando porque se evocó a los egipcios, los fenicios y hasta los vikingos para explicar el contraste entre los vestigios de un pueblo que alcanzó un nivel de civilización relativamente alto y la pobreza del ambiente físico y humano en que esa civilización hubo de desarrollarse.

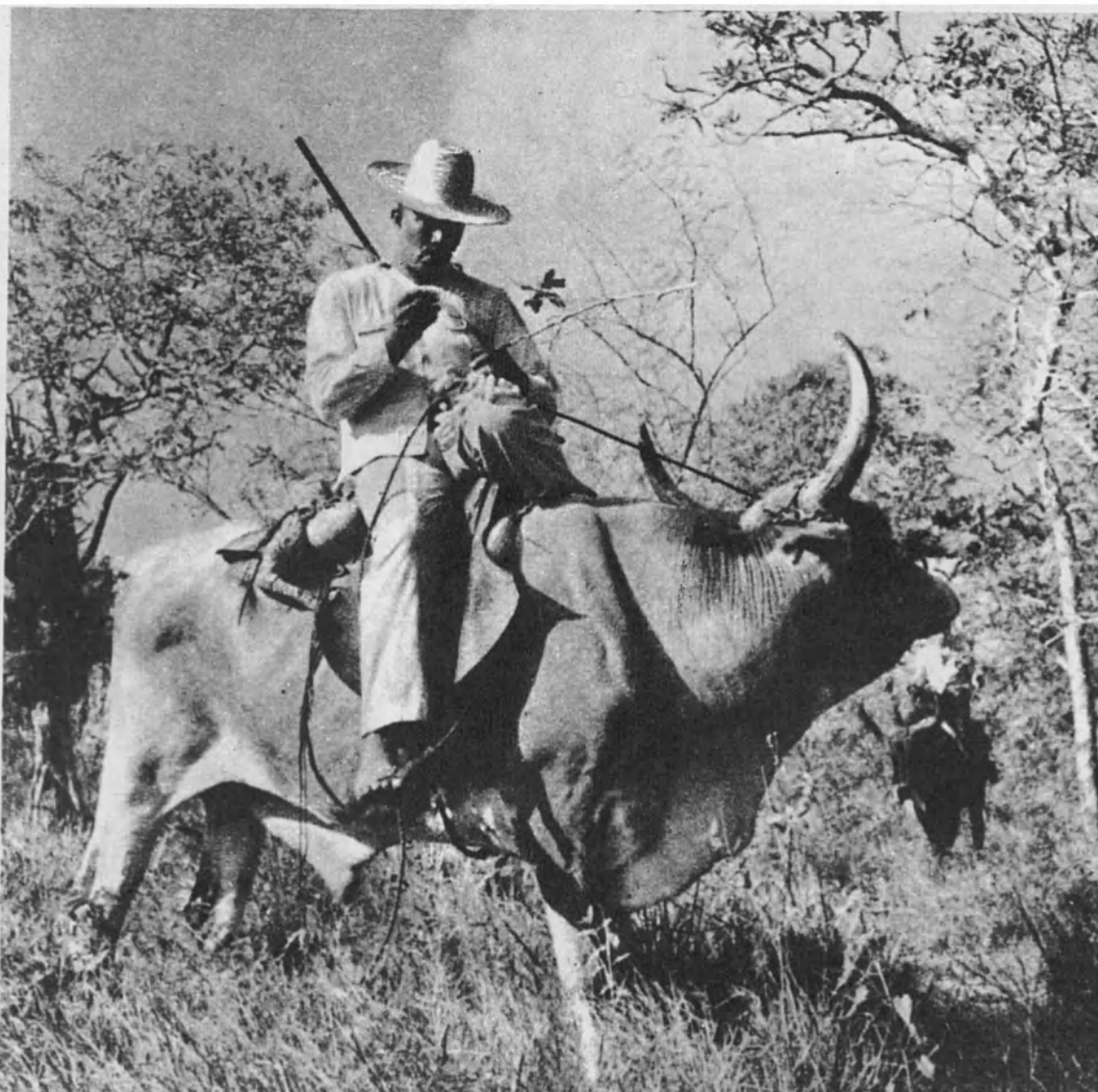
Había algo paradójico en el hecho de que un arte original y al mismo tiempo refinado como la cerámica encontrada en la isla se hubiera desarrollado en una parte del continente que, según opinión generalizada, había sido siempre territorio ocupado por tribus bárbaras. Además, nada parecía destinar a aquella tierra de aluvión, situada en las inmediaciones meridionales del Ecuador, a convertirse en centro artístico. Según las distintas estaciones del año, esta gran isla se transforma alternativamente en una serie de lagos o terrenos pantanosos o en llanuras polvorientas. En la época de las crecidas, emergen de entre las aguas montículos, naturales unos y artificiales otros, que sirven de refugio a hombres y a bestias. Semejante marco no es el más apropiado para la vida de grupos primitivos que practicaban una agricultura rudimentaria, a la que venían a añadirse los productos de la pesca o de la caza; tal fue, en efecto, el género de vida de las tribus que allí encontraron los portugueses en el siglo XVII, y que se apresuraron a exterminar.

Sin embargo, parte de la isla se vió ocupada en otros tiempos por un pueblo sedentario que acertó admirablemente a sacar el mejor partido del territorio que le había cabido en suerte. Sus poblaciones se elevaban sobre cerros donde todavía abundan restos de piezas de alfarería. Sus cementerios son tan ricos en éstas como en objetos de arcilla, y unos y otros han permitido reconstruir, por lo menos en parte, la cultura de un pueblo del que desconocemos hasta el nombre.



Estos «marajoaras» —así llamados para evitar perífrasis— tuvieron sin duda alguna una organización social y política relativamente complejas. En efecto, los trabajos que llevaron a cabo nos permiten entrever una sociedad disciplinada, gobernada por jefes o por una aristocracia. Mal se explicaría, sin una voluntad y una dirección de conjunto, la construcción de colinas artificiales de 8 metros de alto, 120 de largo y 40 de ancho, esfuerzo que no habrían podido realizar comunidades aisladas del tipo de los indios modernos. El carácter jerárquico de la antigua comunidad de Marajo puede colegirse por el lujo de ciertas tumbas que los arqueólogos han descubierto en necrópolis donde aparecen junto a sepulturas más modestas.

La Isla de Marajo contiene pocas rocas. La cerámica



Isla que tiene las mismas proporciones que Dinamarca, por ejemplo, la de Marajo está situada entre el Amazonas y el río Pará, tocando casi el Ecuador. Es una de las zonas más importantes de cría de ganado dentro del norte del Brasil, y en ella pastan más de 600.000 cabezas. Los rancheros que la habitan son jinetes consumados que montan a caballo y también en buey (izquierda) más seguro que aquél en las épocas de grandes lluvias, que transforman los llanos en una serie de lagos y pantanos. El vaquero de Marajo monta descalzo y sólo pone en el estribo el dedo gordo del pie, lo cual le permite desmontar con tanta rapidez como agilidad.

© Marcel Gautherot, Rio de Janeiro.

EL MISTERIO DE MARAJÓ

por Alfred Métraux

constituye el único vestigio que subsiste del enigmático pueblo que la habitara. Al igual de los sumerios y los babilonios, ese pueblo se complació en forjar en arcilla numerosos objetos cuyos prototipos están hechos de otras materias. Así, por ejemplo, parece que para adorno de lablos y orejas utilizaba cilindros hechos de tierra cocida. Se han encontrado sillas hechas con ésta y que presentan una forma idéntica la de las que los indios fabrican con vigas de madera. En fin, las excavaciones nos han dado en abundancia placas triangulares, ligeramente bombeadas y perforadas en sus extremidades. Tanto la forma de estos objetos como el desgaste que presentan y el hecho de encontrarse junto a esqueletos femeninos les han valido el nombre de *tanga*, o sea cubre-sexo. No dejan de evocar así esas piezas triangulares las hechas de corteza de árbol, que vienen a ser el único vestido de la mujer en algunas tribus amazónicas.

De las creencias religiosas de los hombres de Marajo sólo conocemos los ritos funerarios. Se sabe que incineraban a sus muertos o recogían sus huesos en urnas; y es posible que las estatuas pequeñas halladas en las tumbas —estatuas que representan a mujeres en cuclillas— encierren una significación ritual. El estilo de la cerámica de Marajo, estilo esencialmente geométrico, se caracteriza además por el empleo de distintas técnicas de decoración: modelado, tallado y pintura. Algunas vasijas están adornadas con relieves que representan una teoría de hombres y animales. Sobre ciertas urnas funerarias, una serie de pinturas y relieves evocan la imagen vaga de un ser humano. Los ojos de estas figuras aparecen muchas veces cortados por un trazo oblicuo que confiere al rostro una expresión triste, como si el artista hubiera querido

sugerir de esta manera el duelo y la aflicción. Por lo que toca a la riqueza de los motivos y a sus combinaciones, sólo las ilustraciones pueden dar una idea adecuada de los mismos.

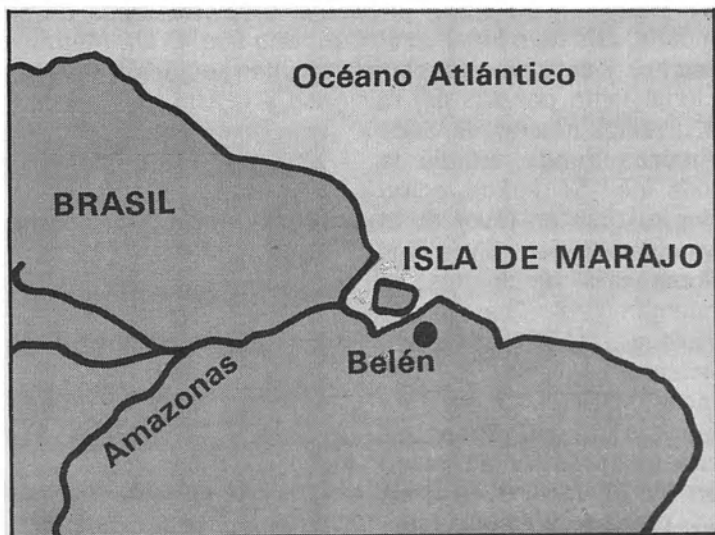
¿Qué se sabe de los orígenes de esta civilización? Inútilmente han consultado los eruditos viejas crónicas y documentos sobre la exploración y conquista del Amazonas con la esperanza de encontrar en ellos una alusión relativa a tan misterioso pueblo. Los eruditos no nos dicen absolutamente nada, y el enigma habría seguido siendo total de no mediar los esfuerzos desplegados por dos etnógrafos americanos, el Sr. Clifford Evans y la Sra. Betty Meggers. Pese a los obstáculos de todo género que las matas y los terrenos pantanosos oponían a sus esfuerzos y empeños, ambos investigadores realizaron en la isla de Marajo una serie de excavaciones gracias a las cuales pudieron establecer que la civilización de los «marajoaras» se vió precedida de otras tres fases arqueológicas mucho más primitivas, la primera de las cuales correspondió a un pueblo de cazadores y pescadores.

Entre esas culturas arcaicas, que en muchos sentidos diferían poco de las de los indios amazónicos contemporáneos, y la fase más brillante, que es la de los marajoaras, no existe ninguna continuidad o enlace. En una fecha que los dos arqueólogos creen poder situar en el siglo XII de nuestra era, surge en la desembocadura del Amazonas un pueblo misterioso, que aporta una tradición artística ya formada; invasores que luego de poner pie en las llanuras de la gran isla se establecen en numerosas aldeas construidas en la cima de colinas artificiales. Pero lejos de prosperar en su nuevo «habitat», esos invasores van declinando poco a poco.

En los lugares de excavación más recientes, los objetos de barro cocido están menos prolijamente hechos y no son tan hermosos como en los yacimientos más antiguos. Otro detalle que desconcierta algún tanto es que el mobiliario funerario se empobrece y se hace uniforme; y este fenómeno parecería indicar que, bajo los efectos de la decadencia general, las clases sociales tienden a nivelarse.

Por último, en una época que sin duda alguna precede en poco al descubrimiento de América, la civilización de Marajo se extingue como si los que la crearon se hubieran vuelto incapaces de sostenerla, sucumbiendo a la acción de fuerzas misteriosas, pues las excavaciones llevadas a cabo no han aportado ningún indicio de guerras o invasiones.

La civilización de Marajo es, pues, tardía. Ya formada, 31 la introdujeron emigrantes que, aislados de su base, no acertaron a desarrollarla ni a conservarla. Una vez cono-



EL MISTERIO DE MARAJO (cont.)

cidos estos hechos, faltaba volver a encontrar la cuna del pueblo desconocido que se estableciera en las orillas del Atlántico. Basándose en comparaciones que no cabe discutir en este momento, Evan y Meggers se convencieron de que las investigaciones debían orientarse hacia la región andina, especialmente en Colombia.

Los hallazgos esporádicos que hicieron a lo largo del Amazonas parecían jalonar la ruta seguida por los «marajoaras». Y recientemente, con el afán de descubrir nuevas trazas de esta migración, emprendieron ambos investigadores una serie de excavaciones en las orillas del río Napo, uno de los afluentes del Amazonas, que en todo tiempo ha constituido una vía de acceso de los Andes a la región amazónica.

Los once lugares arqueológicos que exploraron vinieron a confirmar enteramente la hipótesis que los guiara. Los antepasados de las «gentes de Marajo» habían descendido siguiendo la corriente del Napo, deteniéndose aquí y allá. Las alfarerías que fueron creando resultaron frecuentemente idénticas a las de Marajo. El Napo, por consiguiente, había constituido una de las etapas de la migración que, partiendo de Colombia, debía llegar a la desembocadura del Amazonas, a unos 5.000 kilómetros de distancia.

La tribu desconocida que se había desplazado a través del continente hizo su recorrido en un tiempo relativamente corto, pues los yacimientos arqueológicos del Napo son poco espesos y corresponden a una ocupación relativamente breve del territorio. Es probable que los portadores de esta nueva civilización se hubieran detenido en su ruta en mitad del Amazonas, pues también en la zona de Manaos se han descubierto alfarerías que, por su forma y su ornamentación, presentan semejanzas con la cerámica del Napo y con la de Marajo.

Sin embargo, no ha sido posible descubrir todavía la cuna misma de la civilización de Marajo, que debe situarse en alguna parte del territorio de Colombia. Se han señalado, sí, numerosas analogías entre diversas culturas colombianas y las de la región del Amazonas pero, hasta ahora, los arqueólogos no han podido identificar la zona donde deben haberse constituido los elementos típicos de la civilización de Marajo. Verdad es que, desde el punto de vista arqueológico, todavía se conoce poco a Colombia.

Los arqueólogos Evans y Meggers opinan que la decadencia y, por último, la desaparición de la civilización de Marajo han de haberse debido exclusivamente a causas de

Las cerámicas —por ejemplo, estas vasijas de las fotos de arriba y abajo— son casi las únicas reliquias dejadas por el misterioso pueblo que habitó en una época la isla de Marajo. Las piezas halladas allí tienen dibujos geométricos y están decoradas con modelados en relieve, esmalte y pintura.

Fotos Musée de l'Homme, París



orden económico. El cultivo que se va desplazando sobre tierras quemadas, forma de agricultura practicada por los marajoaras como por todas las tribus tropicales, ha agotado el suelo en pocos siglos.

Llegó sin duda un momento en que las gentes de Marajo no pudieron extraer del territorio en que vivían los recursos necesarios a una población de cierta densidad. Habiendo disminuido por ello la población, no pudo mantenerse la artesanía especializada que había favorecido el desarrollo de la cerámica y de otras industrias. De ahí resultó el hundimiento progresivo de toda una civilización.

No deja de recordarnos el destino de Marajo el que cupo al antiguo imperio de los mayas, también bruscamente detenido en plena expansión. La explicación económica de la muerte de las civilizaciones tropicales es una teoría actualmente refutada por muchos; la cuestión, en consecuencia, no está resuelta ni mucho menos y nos vemos obligados a reconocer que, a falta de solución, el misterio sigue totalmente en pie.

Este es uno de los últimos artículos que el Dr. Alfred Métraux, colaborador regular de "El Correo de la Unesco" desde su fundación en 1948, enviara a la revista antes de su muerte, que tuvo lugar en abril de este año. El Dr. Métraux, escritor y antropólogo, conquistó una reputación internacional tanto por sus expediciones a la Isla de Pascua y a diversos lugares de Sud-América donde estudió la vida de los indios como por su obra en favor de la igualdad racial. Entre sus libros más divulgados se cuentan tres: "La isla de Pascua" (1941); "Vudú haitiano" (1959) y "Los incas" (1962). La serie de libros sobre cuestiones raciales editada por la Unesco en los últimos doce años se preparó bajo su guía.

